



Esferamundi. Primera Parte.
Traducción al español de los capítulos I y II

Jorge Francisco Sáenz Carbonell
 (Universidad de Costa Rica)

Abstract

Traducción al español de un fragmento del libro XIII del ciclo de *Amadís de Gaula*, obra dividida en seis partes, compuesta originalmente en italiano por Mambrino Roseo da Fabriano y publicada en Venecia por Michele Tramezzino entre 1558 y 1565. La traducción concierne los primeros dos capítulos de la Primera Parte y ha sido realizada a partir de la transcripción de Stefania Trujillo de *La prima parte del terzodecimo libro di Amadis di Gaula, nel quale si tratta delle meravigliose prove et gran cavalleria di Sferamundi, figliuolo di don Rogello di Grecia et della bella principessa Leonida*, Venezia, Eredi di Francesco e Michele Tramezzino, 1584, ejemplar de Verona, Biblioteca Civica, Cinq. E 350-17, publicada en *Historias Fingidas*, 1 (2013), 159-176.

Palabras clave: *Sferamundi*, ciclo de *Amadís de Gaula*, traducción, libros de caballerías, Mambrino Roseo da Fabriano.

Spanish translation of Chapters I and II of the first part of *Sferamundi* (1558), the novel that Mambrino Roseo da Fabriano composed in six parts between 1558 and 1565 as first Italian continuation to the Spanish cycle of *Amadís de Gaula*. The translation is based on Stefania Trujillo's transcription of the copy held by Biblioteca Civica di Verona (*La prima parte del terzodecimo libro di Amadis di Gaula, nel quale si tratta delle meravigliose prove et gran cavalleria di Sferamundi, figliuolo di don Rogello di Grecia et della bella principessa Leonida*, Venezia, Eredi di Francesco e Michele Tramezzino, 1584, Cinq. E 350-17) first published in *Historias Fingidas*, 1 (2013), 159-176.

Keywords: *Sferamundi*, *Amadís de Gaula* cycle, translation, romance of chivalry, libros de caballerías, Mambrino Roseo da Fabriano



Primera Parte del decimotercer libro de Amadís de Gaula

En el cual se contienen las estupendas y maravillosas proezas del príncipe Esferamundi, hijo del valeroso don Rogel, y de Amadís de Astra, y otros esforzados caballeros.

Capítulo I.

Cómo el príncipe Esferamundi junto con Amadís de Astra fue llevado de la nave del gran Serpiente de la esfera por medio de la doncella que la guiaba ante el emperador de los Partos, para que los armase caballeros.

Tan pronto como la nave de la maravillosa Serpiente de los encantadores se metió en alta mar, perdiéndose de la vista de los príncipes y princesas de Grecia que

Jorge Francisco Sáenz Carbonell, «*Esferamundi. Primera Parte. Traducción al español de los capítulos I y II*», *Historias Fingidas*, 2 (2014), pp. 199-212. DOI 10.13136/2284-2667/16. ISSN 2284-2667.

la estaban mirando, los dos valerosos príncipes Esferamundi y Amadís de Astra fueron con suma velocidad llevados, sin que la doncella Alquifa ni los dos enanos lo procurasen, a la Ínsula del Fuego, así llamada porque de lejos parecía a los navegantes que toda ardiese, y llegando a sus costas bien se veía el fuego y la gran llama, mas la ínsula era de un aire temperado y suave. Allí se detuvo la nave por sí misma, y maravillándose mucho los príncipes, vieron venir hacia ellos a la orilla de la mar una doncella de maravillosa belleza y vestida de riquísimo traje, acompañada de dos solas doncellas y cuatro enanos, que al ver a los dos príncipes, los invitó con cortesías lisonjas a bajar a tierra. Alquifa les dijo que debían aceptar aquel convite, porque era doncella de alta guisa, y gran amiga de los príncipes de Constantinopla; por lo cual bajaron ambos, y les fue hecha reverencia por la honrada doncella, que sabía bien quiénes eran, y ellos le quisieron besar las manos después de humillársele cortésmente, pero ella las tiró hacia sí; después, habiéndolos ella tomado por las manos, los condujo a una fuente de agua límpida y cristalina que había en un valle cercano, donde encontraron aparejadas las mesas por más sirvientes, y la doncella, mientras se traían las viandas a las mesas, tomó a los dos príncipes por las manos, los condujo bajo un enebro y habiéndolos hecho sentar, les dijo:

–Señores Esferamundi y Amadís de Astra, yo, sabiendo que vuestra nave debía llegar a esta ínsula, he estado esperando muchos días, para que ambos me concedáis un don, reservándomelo para cuando seáis armados caballeros, y os lo demando por aquello a lo cual con solo ver su efigie sois tan aficionados, y que amáis por sobre todo otra cosa del mundo.

Los dos príncipes, con mucha reverencia y noble crianza, respondieron que le concedían el don tanto por ser ella doncella y de gran mérito, como por el conjuro que les había hecho, maravillándose de cómo supiese el secreto de su corazón. Ella les quiso entonces besar las manos, mas no le fue permitido. Después, llamados a la mesa, almorzaron con gran placer, y fueron abundantemente servidos, y antes de que los dos príncipes subieran a la nave de la Serpiente, la bella doncella les dijo:

–Señores, cuando sea tiempo que yo reciba de vosotros dos la gracia que deseo obtener, vendréis por vosotros mismos a esta ínsula, donde os esperaré hasta tanto que plazca a Dios que yo la obtenga; mientras tanto, pasaréis grandes penas amorosas por la dulce vista de aquellas doncellas que pasan en hermosura a todas las otras de su tiempo, pero no menos pena sufrirán ellas por vosotros.

Y, dicho esto, la doncella desapareció de la presencia de los dos príncipes, no sin gran asombro suyo.

Esferamundi y Amadís de Astra navegaron más días en la nave encantada de los encantadores, con tanta velocidad que parecía cosa de gran asombro, y una mañana al despuntar el día se detuvo la nave en una ribera de la mar, y la doncella Alquifa les dijo:

–Señores, conviene que vistáis estas dos sobrevestes, que os son no sin gran labor aparejadas con la divisa que os es debido llevar.

Y he aquí que en un momento se presentaron ante ellos dos enanos, que abrieron un baúl, y sacaron de él dos riquísimas sobrevestas de seda blanca, todas sembradas de estrellas de oro, las cuales ellos se pusieron sobre las armas y, sacados de los enanos sus dos buenos caballos y el palafrén de la doncella, empezaron a

cabalgar, quedando sola y sin guarda la nave de la maravillosa Serpiente. Los dos enanos, no sin grande asombro de los dos generosos príncipes, se trasformaron enseguida en la efigie de dos grandes gigantes, de gran belleza en el rostro y buena disposición. Y se volvieron tan altos de estatura, que parecía que no hubiese caballo que los pudiera soportar, pero se pusieron sobre las espaldas un gran saco cada uno, caminando detrás de los príncipes con tanta ligereza, que era cosa de gran maravilla. Cabalgando de este modo, y llevando en medio a la doncella Alquifa, llegaron a la vista de la gran ciudad de Taurisia, donde una vez entrados era la calzada tan llena de la gente que salía a ver los dos príncipes cumplidos de extrema belleza, y que así dispuestos venían a caballo con los dos escuderos gigantes, que no podían pasar por la calle, cada cual maravillado de tal aventura; y las mujeres asomadas a las ventanas, mirando a los dos donceles tan amables y bellos, quedaban embelesadas y, la una señalándole a la otra, concluían que no se podía encontrar en el mundo una tan bella pareja de caballeros ni que mejor se vieran armados, muy maravilladas de cómo siendo de tan tierna edad quisieran ejercitarse en las armas. Cabalgaron gran pieza los dos príncipes con la doncella Alquifa por aquella gran ciudad, seguidos de gran número de aquella gente que era deseosa de saber quiénes fuesen, hasta llegar al gran palacio del emperador y, allí desmontados, teniendo los dos gigantes sus caballos y el palafrén, subieron las escaleras y llegaron a la gran sala, al tiempo que el emperador acababa de levantarse de la mesa, llevando consigo a casi todos los principales barones y caballeros honrados de su corte, ante el cual, arrodillada la doncella con los dos príncipes, todos tres le quisieron besar las manos, mas el emperador, que por su semblante conoció que eran personas de gran estado, muy maravillado de la gran belleza de los dos donceles, las tiró a sí y los abrazó, abrazando también a la doncella Alquifa, a quien bien conocía. Ella le dijo:

—Serenísimo emperador de los Partos, la sabia Urganda y mi padre Alquife mandan por medio mío a besar vuestras imperiales manos, suplicándoos que queráis armar caballeros a estos dos nobles donceles, con orden de que les sean ceñidas las espadas por manos de la princesa y la infanta vuestras hijas, las bellas Ricarda y Rosaliana, certificándoos ser tales, que bien merecen ser caballeros por mano de un tan alto emperador como sois, y recibir las espadas de las más bellas doncellas que hoy se hallan, como ellas lo son.

El emperador, sin saciarse de mirar a los dos príncipes, pareciéndole los más bellos y mejor dispuestos que nunca hubiese visto, dijo que era contento de hacerlo, que bien juzgaba que en ellos estaría bien empleada la caballería; ellos se le humillaron mucho, y el emperador por más honrarles y por dar orden de armarlos caballeros a la mañana siguiente mandó llamar a la emperatriz con la bella princesa Ricarda y la infanta Rosaliana sus hijas, las cuales no tardaron mucho en comparecer en la sala acompañadas de cincuenta dueñas y doncellas, todas princesas di alta guisa. Venía adelante la emperatriz, dueña de mediana edad, mas bien mostraba con su real presencia y buena disposición haber sido una de las bellas mujeres de su tiempo; después seguían las dos hermanas Ricarda y Rosaliana, dotadas de tan alta y maravillosa belleza, que ponían asombro en quien las miraba, y mayormente que siendo gemelas nacidas de un mismo parto, cuando eran vestidas de un mismo traje no había quien supiese distinguir a una de la otra, siendo no solo similares en la gran

belleza del rostro y la buena disposición y de la estatura del cuerpo, mas también en las maneras, en el caminar y en el vestir y, lo que era más, en la voz y en el hablar. Se amaban tanto estas dos nobilísimas hermanas, que narran Galersis y los otros escritores griegos de aquel tiempo que la una no sabía partirse de la otra, y que cuando la una era alegre se veía alegría en la otra, y al contrario; y lo que era más maravilloso, que si una enfermaba, enseguida se veía enfermar a la otra, y que lo que una aborrecía o amaba, aborrecía y amaba la otra. Venían estas graciosas infantas riquísimamente guarnidas, vestidas por aventura de seda blanca, con estrellas de oro sembradas por la ropa, y los golpes tomados de puntales y rosetas de oro, de rubíes y diamantes; llevaban los bellos cabellos que parecían de finísimo oro, recogidos bajo una riquísima red de plata, llena de finísimas esmeraldas, rubíes y perlas orientales de maravilloso valor. Tenían en el pecho y elevado a la cabeza un finísimo velo a la usanza de las mujeres de Persia, y tan transparente, que se veían sus blanquísimas carnes, que de blancura daban envidia a la nieve, y con tanta gracia comparecieron a presencia de los dos príncipes que ambos, estupefactos de tan rara belleza, y recordando ser estas las dos bellas doncellas que habían visto nebulosamente en la sala de la gruta, quedaron tan alterados y turbados de sus sentimientos que, sin poder decir palabra ni poder moverse de los asientos en los cuales les había hecho sentar el emperador, estaban como estatuas sin sentido. Mas la doncella Alquifa, dándose cuenta de su turbación, como a aquella a quien no era oculta la causa, tomándolos de las manos los hizo al fin ponerse en pie, y los dos temblando se arrodillaron ante la emperatriz por besarle las manos; mas ella, que era cortesísima, los alzó en pie, no consintiéndoselos, juzgándolos por su belleza personas de gran estado. Después fueron a arrodillarse ante las dos bellas infantas, temblando de alteración y de supremo contento; mas ellas, con graciosa risa y grave continente, los tomaron por las manos, haciéndoles similarmente levantarse del suelo, quizá con no menos turbación que sintieron de su bella vista que la que ellos habían sentido por verlas a ellas, mas haciendo fuerza a sí mismas tomaron asiento, mostrando honestidad y gravedad al mirarlos. La bella princesa Ricarda se aficionó de tal modo a Esferamundi, y la otra a Amadís de Astra, que no podían levantar su vista de ellos, y ellos, viéndose frecuentemente de ellas mirados con amorosas miradas, sentían doblada la pena de amor. El emperador dijo entonces a la emperatriz la demanda de aquellos dos nobles caballeros, y cómo convenía que la princesa Ricarda y Rosaliana les habían de ceñir la espada al armarse caballeros, lo cual dijeron ella estar prestas a hacer, y los dos príncipes se pusieron de pie en señal de besarle las manos. Estando así todos mirando la gran beldad de los dos príncipes, comparándola con la belleza de las dos hermanas, se presentó allí una honesta matrona vestida de lúgubre traje, acompañada de muchos caballeros y nobles dueñas y doncellas, y que en el semblante y la gravedad de la persona mostraba ser dueña de gran estado, la cual, tras arrodillarse ante el emperador y la emperatriz por quererles besar las manos, y ser de ellos sin permitírselo levantada en pie, se puso ante las bellas infantas, y les dijo:

—Bellísimas y generosas princesas, habiendo oído yo, Griseida, condesa de Artois, la fama de vuestra gran beldad, y cómo no menos por causa de ella que por la grandeza del emperador vuestro padre infinitos famosos caballeros vienen a esta corte por veros y serviros, viéndome en gran necesidad de socorro, soy venida a

encontraros para obtener de vosotras un don, esperando que no siendo nunca de gran beldad apartada piedad y compasión, no me será de vosotros negada la gracia.

Las dos generosas princesa e infanta se pusieron entonces en pie, y con gentil semblante le dijeron que lo concedían y que entonces demandase lo que quería.

—El don que me habéis concedido —respondió ella— es que, tan pronto que estos donceles sean armados caballeros, les pidáis que por amor vuestro vengán a hacer por mí una batalla, dando cima a una de las más extrañas aventuras y peligrosas empresas que caballeros noveles de poca edad emprendieron jamás; no me tengáis, señoras mías, por poco discreta en querer exponerles en el principio de su caballería a tal peligro, porque yo, informada de un encantador mi vasallo, encuentro que ellos solo honor obtendrán de él, diciéndome que estos dos donceles son hijos de dos de los más valerosos príncipes que hoy son en el mundo y mayores; y que su alta caballería debe ser tal y tan famosa, que hará oscurecer la de los príncipes de Grecia.

Sintieron las dos bellísimas hermanas infinito disgusto de esta demanda, tanto porque eran muy aficionadas a los dos príncipes, y no habrían querido que así tan presto se ausentaran de la corte del emperador, como también porque tenían respeto y vergüenza de además pedirles que se expusieran a tan peligrosa empresa como la condesa decía ser aquella; con todo eso, puestas de nuevo en pie, se volvieron hacia los dos príncipes diciéndoles:

—Os rogamos, señores, que por amor nuestro, después que seáis armados caballeros, queráis hacer gracia de entrar en la aventura que procura esta noble dueña, que todo lo que hagáis por ella en esta empresa lo reputaremos hecho a nosotras mismas.

Sintieron de esta demanda tanta alegría los dos apasionados príncipes, que mayor no habrían podido sentir, y con gran reverencia respondieron que estaban por hacer lo que ellas mandaban, y que reputaban por felicidad grande que tuviesen tan buen principio de ejercitar las armas en servicio de tan altas doncellas, con el favor de la belleza de las cuales no podían ellos si no alcanzar honor de cualquier empresa, por peligrosa y difícil que fuese. La bella Ricarda y la linda Rosaliana se sonrojaron todas de esta respuesta, lo cual fue causa de acrecentarse mucho su belleza. Y así como llamas de amor comenzaban a abrasarles el pecho por la gran beldad de los dos nobles donceles, vencidas de suma dulzura, forzaban a menudo su honestidad mirándolos cuando, sin ser observadas, se les presentaba la ocasión. Mas qué diremos del príncipe Esferamundi y de Amadís de Astra cuando, habiendo identificado a estas dos bellas infantas con aquellas que en la sala de la gruta vieran, y tan apasionados eran de su belleza, que ni de día ni de noche habían podido nunca encontrar paz con su dulce recuerdo, si no que sentían tanta gloria y tan completa dulzura, que juzgaban no poder sentirla mayor, y a menudo mirándolas les parecía (tal como en efecto era) que toda la belleza del mundo fuera reunida en ambas, y se tenían por bendecidos por el favor que de ellas habían recibido al darles su mandato. Todas las dueñas y doncellas que entonces estaban en la corte suspiraban por esos dos príncipes, y no se saciaban de mirarlos y contemplarlos, pareciéndoles no poderse encontrar donceles más bellos y mejor dispuestos; y en el semblante, en la gracia y nobles maneras bien juzgaban por verdaderas las palabras de la condesa, que fueran de alto y gran linaje. Con esto estuvieron gran pieza en varios razonamientos, y el emperador, cuando le

pareció después que era tiempo, les hizo dar honrado alojamiento en su palacio, que era un apartamento cuyas ventanas estaban de frente a las ventanas de las dos infantas, y entre un apartamento y otro solo había en medio un jardín. En sus estancias fue también igualmente alojada por el emperador la doncella Alquifa, que era muy conocida y doméstica de la casa, porque Urganda y su padre Alquife eran grandes amigos del emperador. A la bella Ricarda parecía cada hora mil para poder tener ocasión de hablar con Alquifa por saber quién fuese el doncel Esferamundi por el cual sentía estrujarse el corazón, y asimismo la linda Rosaliana deseaba de hablarle en secreto por saber quién fuese Amadís de Astra, y venida la tarde la bella Ricarda mandó a decir a la emperatriz que le diese parte de la doncella Alquifa, a la cual le envió, y después de que hubo besado a ambas las manos, la princesa le dijo:

–Alquifa, amiga, gran alegría hemos sentido de vuestra venida en estas partes, amándoos todos como os amamos.

–Vosotras, señoras, habéis razón de hacerlo –respondió Alquifa–, que mi padre y mi madre Urganda os llevan todas en el corazón como yo misma, y os mandan a decir que os arméis para sostener los asaltos del amor, ya que por vuestra suprema belleza han de sentir la misma pena, y que queráis usar de la piedad si queréis en otros encontrarla.

Las dos nobles infantas, que se sintieron tocar donde habían mal, se sonrojaron y bajaron el rostro sin haber pronta respuesta, y Alquifa, que sabía lo que deseaban saber, les dijo previniéndolas:

–Mi venida a esta corte, señoras mías, ha sido para acrecentarla en honor y dar a vosotras dos la mayor gloria que nunca jamás princesas, por grandes que hayan sido o serán, puedan recibir, al haber conducido a estos dos donceles a hacerse armar caballeros por manos del emperador vuestro padre, con haber de recibir las espadas por vuestras manos, a fin de que podáis en verdad gloriaros de haber ceñido las espadas a los mayores y más excelentes príncipes del mundo, y con cuya gran caballería han de ganar mayor fama que nunca en armas se ganaron caballeros, de los cuales todas las profecías de la sabia Urganda y Alquife mi padre, y las de los excelentes encantadores Zireno y Zirfea han dicho y no cesan de decir. Estos dos príncipes son quienes han de acabar todas las extrañas y peligrosas aventuras de este nuestro tiempo; estos son aquellos que en lealtad de amores han de pasar no solamente a todos los amantes de este tiempo, sino que han de dejar ejemplo a todos los caballeros en los siglos futuros. Han querido estos excelentes encantadores que, ya que su alta caballería ha de ser extremada, reciban las espadas para ejercitarla de vosotras, que sois extremadas en toda gracia y belleza, a fin de que de vosotras sea este favor extremadamente empleado y de ellos extremadamente recibido.

A las palabras de Alquifa estuvieron las dos enamoradas hermanas maravillosamente atentas, y la escucharon con suma dulzura y, ansiosas de saber más claramente quiénes fueran aquellos dos príncipes, se lo demandaron con mucha insistencia, pero ella les dijo:

–Alquife, mi padre, particularmente me mandó que os dijera que no curéis de querer saber por ahora otra cosa de quiénes sean, que conviene que eso se calle hasta tanto que en ellos fuere cumplida una profecía, mas que non pasará mucho tiempo que vos lo sabréis con mucha gloria y contento vuestro.

Fueron los dos príncipes honorablemente tratados en la casa de tan alto emperador y servidos de los gigantes sus escuderos, y venida la tarde fue dada orden de que por la mañana fuesen armados caballeros con la mayor pompa que fuese posible. La noche que a todos los seres animados suele traer quietud y reposo, trajo a estos noveles amantes afán y tormento, por lo cual en toda la noche no pudieron los dos príncipes dormir una sola hora, trayendo a la dulce memoria del día pasado la dulce vista de las dos bellísimas hermanas. Y Esferamundi decía consigo mismo:

—¡Oh, mísero de ti, Esferamundi!, ¿cómo tienes amores en tu tierna edad, y antes que hayas recibido la orden de caballería, estás privado de toda tu libertad? ¿Dónde está tu esfuerzo, con el cual te bastaba el ánimo para enfrentar en la caza tigres y espantosos leones, y te daba en el corazón no tener qué temer de terribles y formidables gigantes, y ahora de una sola doncella te has dejado aprisionar? ¿Cómo se cumplirán tantas profecías de tan excelentes encantadores de tu valor, visto que no con otras armas que con honestas miradas y la sola beldad de una graciosa doncella eres vencido y atado? Oh, dulce libertad mía, ¿cómo en un momento te he perdido, cuando yo pensaba en sojuzgar reinos quitándosela a otros? Oh, amiga doncella Alquifa, ¿cómo, queriendo tú hacerme dar con mayor gloria mía la orden de caballería, me has reducido a tanto extremo de pena que harás que me cueste la vida, si de la bondad de aquella que es hecha señora de mi corazón no os es dado remedio? Oh amor, ¿cómo con amargura me haces pagar la dulzura que me has dado con la vista de la bella Ricarda? Y si eres amor en los efectos como en tu nombre, ¿de dónde pudo de ti nacer pena mezclada con alegría?

Estas y otras similares palabras decía consigo mismo este excelente príncipe, mientras su primo y fiel amigo Amadís de Astra con iguales y variadas palabras, intricado en amorosos y dulces pensamientos por su linda Rosaliana consumía la noche en vez de dormir. Mas si eran estos dos valerosos príncipes atormentados del amor de aquellas nobles y bellísimas princesas, no menos angustiadas eran estas de la misma pena por ellos, que después que fueron por sus camareras puestas en distintos lechos de la misma estancia, y que todas se habían retirado de su servicio, no pudiendo la bella Ricarda contener en el pecho aquella llama que por su naturaleza entre más se cubre más abrasa, fue la primera que dijo a su hermana:

—Oh, hermana Rosaliana, ¿sientes tú lo que yo siento en el corazón por la dulce vista de estos dos príncipes venidos a la corte de nuestro padre por armarse caballeros? ¿Has notado su gran beldad? Por uno de ellos, que es el menor de estatura, yo siento una pasión tal que otro remedio no siento que fijar en él mis pensamientos. ¡Oh, felices pensamientos, ya que en tal y tan bello sujeto os empleáis, portadme el remedio de mi fuego!

—Oh, hermana Ricarda —respondió ella—, yo, por vergüenza, siendo de menor edad que tú, no quería con palabras manifestarte aquello que en el corazón siento por causa del otro príncipe, compañero de ese que dices, mas sabe que yo me siento arder toda, y con tan ardiente fuego que, como es en mí cosa nueva, bien temo deshacerme en vivas llamas. Oh, míseras de nosotras, que nos conviene ceñir las espadas a quienes nos matan, amar a quienes no conocemos, y morir por quienes nuestro mal quizá no saben, y aunque lo supieran, ¿qué ganamos nosotras con que lo sepan?

—Ahora comprendo, señora hermana —dijo Ricarda—, las palabras de Alquifa, de que debíamos aprestarnos a soportar con gran ánimo los graves golpes del amor.

—Mejor remedio que este debía traernos —respondió Rosaliana— para hacer que lo pudiéramos soportar. Oh, Urganda, y tú, feliz sabio Alquife, que con vuestro saber no solo sabéis lo interior de los hombres, mas podéis a vuestros amigos dar remedio, ¿y cómo siendo vosotros tan amigos nuestros, y conociendo el mal que nos debía sobrevenir, no nos habéis enviado también algún remedio, si con la guarda de nuestra honestidad se puede en cosas de amor encontrar remedio que valga?

Consumieron toda la noche las dos enamoradas infantas en estos amorosos razonamientos, y concertaron que cada una debiese por la mañana ceñir la espada a aquel de ellos en el cual había puesto su amor.

Capítulo II.

Cómo los príncipes fueron armados caballeros y partieron en servicio de la Condesa de Artois.

Venida la mañana, comparecieron a buena hora en la gran sala del emperador todos los principales barones y grandes personajes de la ciudad, que así lo había él ordenado por la tarde para más honrar a los dos príncipes, los cuales, habiendo la noche antes velado las armas según la costumbre, comparecieron guarnidos de sus armas; y después de muchas ceremonias en presencia de la emperatriz, las infantas, y todas las dueñas y doncellas del palacio, al son de varios belicosos instrumentos, fueron armados caballeros, y la bella Ricarda ciñó la espada a su amado Esferamundi, el cual era arrodillado ante ella todo tembloroso, vencido de su bella vista; y la linda e gentil Rosaliana la ciñó con el corazón palpitante a su Amadís de Astra. Hecho esto, fueron puestas las mesas y, como ya era tarde, se sentaron a la mesa y quiso el emperador que la emperatriz con las hijas allí se sentaran, con tanto placer de ellas y tanto gozo de los dos caballeros noveles y noveles amantes, cuanto puede juzgar cualquiera que se encuentra envuelto en esta pena. La enamorada Rosaliana, haciendo fuerza a su honestidad, no cesaba, cuando conocía no ser mirada, de mirar a Amadís, que le correspondía en las miradas; y lo mismo pasaba entre el príncipe Esferamundi y la bella Ricarda. Acabada la comida (que fue servida como convenía en casa de tan alto emperador), fueron en honor de los dos caballeros noveles comenzadas las danzas, en las cuales la bella Ricarda y la linda Rosaliana, movidas no solo de la música de aquellos variados instrumentos, mas de aquella que en sus pechos hacía el amor, se pusieron a mostrar cuánto ella valían. Grande era el gozo de los dos apasionados caballeros noveles en contemplar cuanto había de bello en el mundo en los bellos rostros y graciosas personas de sus amadas infantas, de cuya amorosa y dulce vista jamás levantaban los ojos, tanto que de ello se dio cuenta la emperatriz, a la cual no desagradó nada, y ellas, con la mayor continencia posible, a veces con amorosas miradas no dejaban de manifestarles que estaban en su gracia, sintiendo aquel gozo de verse así afectuosamente mirar, que gustan los verdaderos amantes al sentir la correspondencia de sus amores. Duró la fiesta todo el día hasta que, llegada la hora de la cena, se sentaron todas aquellas honradas princesas y nobles

damas a la mesa con el emperador, la emperatriz y las infantas, en la cual cena hubo músicas de variadas clases, procurando este noble emperador solemnizar a los dos príncipes este día con todos los solaces posibles. Después, la Condesa de Artois se arrodilló ante las dos infantas y caballeros noveles, diciendo que convenía para su remedio ser su partida con ellos a la mañana siguiente, y los dos príncipes dijeron estar prestos a partir cuando a ella le placiera. ¿Quién podría expresar el gran dolor de la bella Ricarda y la linda Rosaliana, al oír que sus amantes debían tan pronto apartarse así de ellas? Que tal cosa no era sino sentir apartarse el alma de cada una. Los noveles caballeros, haciendo fuerza a las lágrimas y suspiros, después de haberse despedido del emperador, pidieron licencia a la emperatriz, que estaba en una ventana con las dos infantas, la cual mostrando sentir mucho su partida les dijo:

—Señores caballeros, perdonad al emperador mi señor y a mí si en esta corte no os hemos hecho los honores que merecéis, dando en parte culpa a la fortuna que tan presto os hace separar de nosotros; bien queremos estas mis hijas y yo un don, que es que no os olvidéis de nosotros y volváis pronto a vernos.

—Señora mía —respondió el príncipe Esferamundi—, el honor que hemos recibido en vuestra casa supera todo mérito nuestro, no habiendo nosotros hecho por el señor emperador ni por vos cosa que hubiera sido digna de ello, y os prometemos de tornar pronto a serviros, no con otra mira que en esto emplear nuestra servidumbre.

Y, como querían hablar a las dos perturbadas infantas, la astuta emperatriz se partió de ellos con tanto contento de todos cuatro cuanto pueda imaginarse, al pensar en poder de algún modo manifestarse su amor el uno al otro sin ser oídos, mas eran todos cuatro así de amores perturbados, que estuvieron gran pieza mirándose el un al otro sin poder ninguno de ellos decir palabra, y poco después Esferamundi dijo:

—Señoras princesas, somos obligados, por el favor recibido de vosotras, a serviros todo el tiempo de vuestra vida, y si un don que de vosotras en este partir deseáramos obtener nos fuese concedido, estad seguras que con él nos haréis los más felices caballeros que visten armas, y con mayor constancia sufrir esta nuestra tan súbita partida.

Más confortada con estas palabras que la otra en su perturbación, la bella Ricarda, dado que era la hermana más atrevida, le respondió, sintiendo a la vez alegría y descontento:

—No hay cosa que por vos y por vuestro compañero podamos hacer Rosaliana mi hermana y yo, señores caballeros, que no se haga; así nos obligan vuestros méritos y la calidad de vuestras personas según relación de la doncella Alquifa, y aunque no nos ha particularizado vuestra identidad, mayormente habiendo por amor de nosotras dos tomado tan peligrosa empresa en favor de la Condesa de Artois; mas nosotros a cambio queremos también de vosotros un don, que no será demanda de una cosa tan peligrosa como esta otra.

Se prometieron el uno al otro los dones, y el príncipe Esferamundi les dijo:

—Nuestro don, señoras, es que no mirando nosotros a la grandeza de vuestro estado, y pospuesto el orgullo que os podría causar vuestra extrema belleza, queráis

aceptarnos por vuestros caballeros, por hacernos los más felices de cuantos visten armas, a fin de que yo, bajo el título de caballero vuestro, y el príncipe mi primo que como caballero de la linda Rosaliana vuestra hermana, podamos entrar atrevidamente en todas las grandes y peligrosas aventuras que se nos presenten, porque con este atrevimiento nos hará crecer el ánimo y la fuerza.

Las dos hermanas se pusieron coloradas como rosas en el rostro al oír esta demanda, y al no responder la bella Ricarda, confusa al querer dar respuesta, la linda Rosaliana dijo casi riendo y con contento y con rostro afable:

–Mirad, señores caballeros, que es gran demanda esta, ya que en estas partes nuestras (no sé cuál sea la costumbre en las vuestras), las doncellas no aceptan por sus caballeros mas que aquellos que sepan que deben ser su esposos; con todo eso, ya que de mi hermana os ha sido prometido por ambas, queremos con eso romper en parte esta costumbre, y somos contentas de aceptaros por nuestros caballeros, mas habed en mente, que os obligáis a gran cosa, porque debiendo los caballeros estar en obediencia de las doncellas a que son sometidos, y siendo las dueñas y doncellas por naturaleza quejasas e importunas, tal yugo podrá ser muy pesado.

Los dos excelentes príncipes sintieron tanto gozo con esta respuesta, que parecían querer enloquecer, y súbitamente ambos se hincaron ante ellas, besando cada uno las manos a la suya con tanta presteza, que no tuvieron ellas ocasión de impedirselo, de lo cual se sonrojaron, por parecerles haber faltado a la debida buena crianza en permitirlo. Después, Rosaliana, volviéndose hacia Amadís de Astra, le dijo sonriendo:

–Queriendo comenzar a usar el imperio que nos habéis dado, os mandamos que en el término de cuatro meses desde que hayáis dado fin a la aventura de la condesa, debéis tornar ambos a la corte del emperador nuestro padre, y jamás de ella partiros sin orden nuestra, y este es el don que os demandamos.

–Este yugo –respondió Amadís de Astra– nos es tan suave y tanto nos gloriamos de nuestra perdida libertad cuanto otros se duelen de toda áspera y forzosa servidumbre, y prometemos libremente llevarlo, sobre todo por cuanto en el llevarlo ganaremos gloria y felicidad en tener cada día que gozar tan dulce vista cual es la de vuestra extremada beldad.

Querían más cosas decir estos gozosos amantes, por ser con estos dulces razonamientos un poco domesticados y perdida la gran timidez de antes, pero se los impidió el retirarse el emperador, y cada uno se fue a su cámara, quedando los dos noveles caballeros con el supremo gozo de haber mostrado su amor a sus amadas y haber conocido en ellas señas de correspondencia de amor, y su único disgusto era su súbita partida. Las dos enamoradas princesas, alegres también por haber conocido el amor de sus amantes, atemperaron en gran medida el disgusto de su partida, y pasaron aquella noche con mayor reposo que la precedente. Venido le día, la condesa se levantó de buena hora con sus doncellas y los caballeros que conducía, y fue de nuevo a despedirse de la emperatriz y de las infantas junto con la doncella Alquifa, que al partir les dijo sonriendo:

–Señoras, yo me torno a los encantadores mis padres; acordaos de seguir su consejo.

Y después que de ellas fue abrazada, y lo mismo la condesa, se fueron a las cámaras de los dos caballeros, que las esperaban armados, y ya los gigantes sus escuderos tenían aprestados sus caballos, y subidos en ellos salieron de la ciudad, no sin lágrimas por apartarse de sus bellas enamoradas, y siguiendo su camino cabalgaron hasta la hora nona, cuando desmontaron en una bella y límpida fuente, que con dulce y suave murmullo, al manar del pié da una gran peña hacía un deleitable arroyo, donde desmontados comieron de las provisiones que los sirvientes de la condesa habían traído. Después se quedaron allí hasta que empezó a bajar el gran calor del día, cuando montaron de nuevo a caballo, y la condesa, comenzando a narrar la causa de su venida en aquel país, dijo:

—Señores, yo fui hija del conde Arnaco de Artois, que vosotros por vuestra poca edad no habéis podido conocer, pero que fue en su tiempo un valeroso caballero. En la flor de mi juventud se enamoró fieramente de mí Brunón, señor de los Diez Castillos, joven de tanta fama en armas, que no encontraba en todos los alrededores caballero que se le igualase, con el cual, habiéndome con gran contento mío casado mi padre, tuve con él una sola hija llamada Clarenia la bella, de tanta beldad y tan graciosas maneras, que no se hablaba sino de ella en todo el reino de Francia y el condado de Flandes, por lo cual muchos caballeros nobles y de gran estado, atraídos por su gran fama, vinieron a pedirla en matrimonio, y entre tantos de ellos elegimos a Arbante, duque de Borgoña, por ser tanto poderoso de estado como noble y valeroso; pero como en esta demanda había habido, como he dicho, muchos rivales, por ello nos vino asaz enemistad de aquellos a quienes se la habíamos negado, y el duque grandísima envidia, y particularmente de Orante, hijo del duque de Albania, gran príncipe de Escocia y pariente cercano del rey, el cual, queriendo vengarse de nosotros y desahogar su envidia del duque, por medio de un encantador, cuando queríamos enviarla a su marido, la hizo robar y llevar a la montaña Caledonia, lugar asperísimo en aquel reino, donde ese encantador la tiene en un palacio encantado, custodiado con las más fuertes y grandes guardias que nunca se oyó. Es verdad que, sabiendo que nuestra hija no ha tenido en todo esto culpa ninguna, no la ha querido hacer encantar, aunque sí el lugar donde está, haciéndola tratar como la más noble reina del mundo, por lo cual habiendo hecho fabricar por arte del encantador este tan bello y suntuoso palacio donde se halla, lleno de todas las delicias que pueden pensarse, y para que ella no aborrezca la vida solitaria, el encantador ha robado del mismo modo a otras doncellas de mucha belleza, teniéndolas allí en su compañía. Yo, haciendo indagaciones por todos lados, y no cesando tampoco el conde mi marido de hacerlas por haber noticias de ella, fuimos avisados de todo el hecho por un encantador nuestro vasallo, quien nos hizo además saber que nuestra hija no puede recobrar su libertad si no por fuerza de las armas y por mano de los dos más valerosos caballeros noveles que pueda encontrarse y de edad conforme con la suya. Sabido esto, el conde mi marido, visto que esta empresa no podía tocar a él según el aviso del encantador, se puso a buscar por todas las cortes caballeros noveles, a los cuales sea otorgado el acabar esta aventura, y siendo ya más de un año que no tenía de él noticia alguna, el encantador mi vasallo, viniendo a mí una mañana con gran prisa, me dijo que mi marido era tomado cautivo, y que siempre había ido en camino todo contrario para encontrar a los caballeros aptos para esta empresa,

por esto me advirtió que sin detenerme un punto debía venir a la corte de este emperador, a donde estaban por llegar para armarse caballeros los dos príncipes, que en bondad de armas no iban a tener par en su tiempo, y que sabiendo que debían poner su amor en las dos bellísimas infantas hijas de ese emperador, y por ellas habían de pasar muchas penas amorosas, sin pedirle a los caballeros noveles el don, debía demandar a las infantas que selo mandasen, porque importaba mucho para este efecto ser vosotros requeridos de ellas y no de mí, diciéndome además el encantador que para informaros de la peligrosa empresa que estáis por acometer, quería él encontrarse en persona en aquel momento junto con vosotros, porque con su consejo podáis acabar esta aventura, y que él se encontrará antes que nosotros en la selva Caledonia, por la cual ha el nombre esta montaña donde está el lugar encantado que digo.

Sintieron los dos excelentes príncipes gran placer de saber a dónde y por qué eran conducidos, y confortaron a la condesa para estar de buen ánimo, que liberarían a la hija o a ellos les costaría la vida. Continuó después ella que el encantador le había dicho que llevara a ambos y no a uno solo, porque convenía que así fuese y no de otra manera. Entonces caminó más días esta compañía por el territorio del emperador de los Partos, hasta que llegaron a la ribera de la mar donde la condesa hacía tener en orden sus tres naves, y la doncella Alquifa, al querer cada uno embarcarse, dijo a la dueña y a los caballeros noveles que debían esperar un poco, ya que les convenía de subir a otra nave más prodigiosa, y no tardó mucho que se vio salir de las ondas con espantoso espectáculo una gran nave a guisa de carro, o más bien carro a guisa de nave, guiado por cuatro leones marinos, los cuales si veían ir rompiendo las aguas con las patas con tanta velocidad, que mayor no tuviera en sí un halcón siguiendo su presa. Era atado a este carro un pequeño batel, en el cual, desatado por la doncella Alquifa, entró ella y tomando licencia de los dos príncipes, que le dieron muchas recomendaciones para Urganda y Alquife, se puso a surcar las ondas por otro camino, sin verse quién el batel gobernase. Y la condesa, con solos cinco caballeros y tres doncellas, entró en el carro de la Maravillosa Serpiente junto con los dos príncipes, y en un momento desapareció de la vista de aquella playa, tornando las naves con las otras a su paso, y en cinco días y cinco noches llegó el carro marino al mar de Flandes y, bordeando la ínsula de la Gran Bretaña por gran trecho de mar, entró a las playas de Escocia, y habiendo tomado puerto, y descendidos en tierra, desapareció el carro en un trecho y se pusieron a cabalgar hasta que llegaron a la selva Caledonia donde, no muy lejos de la gran ribera bañada del mar, vieron la gran montaña también llamada Caledonia. La condesa, dando gracias a Dios, la mostró a los dos príncipes, que se alegraron mucho de ello, y dado que ya era la hora avanzada no quisieron por esa noche entrar en la densidad de la selva, sino que desmontaron junto a un arroyo de agua, donde sobre sobre la fresca hierba, habiendo los gigantes escuderos y otros de los caballeros aparejado de lo que habían traído de la barca encantada, cenaron al dulce murmullo de aquellas aguas; y apenas habían levantados de tierra los manteles, cuando se vio venir de la lejanía un viejo que mostraba ser tan debilitado, que parecía maravilla que pudiera sostenerse en pie; con todo eso venía hacia ellos con tanta velocidad, que semejaba un ave, y llegado a presencia de ellos, enseguida mudó de efigie y fue por la condesa

reconocido, que era el encantador su vasallo, que le había dicho que estaría en persona para aquella empresa. De su venida recibió gran contento la condesa y fue de los príncipes muy honrado, haciendo darle de comer muy copiosamente. Y después, estando sentado en medio de ellos y de la condesa, les dijo:

—Señores príncipes, que bien yo sé vuestros nombres y quiénes seáis, esta aventura de la liberación de nuestra señora Clarencia está reservada a vosotros dos, y sin duda la acabaréis con suprema gloria vuestra, del mismo modo sois también para acabar muchas otras, mas bien os digo que de cuantas empresas sois para emprender, ninguna hay en que os sobrevenga mayor peligro, y yo soy aquí venido para daros el consejo y la ayuda que me sea posible tanto por lo que soy obligado por el vasallaje a la condesa mi señora, como también por el amor que tengo a Urganda y a Alquifa, de las cuales aprendí esta arte mágica. Vosotros, señores, antes que podáis comenzar a subir la montaña, habéis de hacer batalla con cuatro centauros de desmesurada grandeza y fortaleza, de los cuales recibiréis gran trabajo y peligro de vuestras vidas, porque os harán combatir con ventaja suya en la selva, donde por el enredamiento de ramas podréis hacer poco con vuestras lanzas y caballos, y ellos con las saetas que utilizan y con su destreza pueden asaz, siendo nacidos y criados en este lugar, que es tan fuerte por ellos, que aunque hacen gran daño en este país, todo el poder del reino de Escocia nunca los ha podido expugnar. Tienen otra ventaja: que son encantados, y ninguna arma puede dañarlos, sino sus propias flechas y las propias cimitarras que llevan, de suerte que combatir con ellos con vuestras espadas sería perder el tiempo, y por esta razón he traído aquí dos arcos, a fin de que tomando sus propias flechas podáis con ellas tirárselas de nuevo, hasta que os sea cómodo quitarle a alguno de ellos las cimitarras. Acabada esta batalla, os conviene ascender la montaña, en lo alto de la cual encontraréis cuatro fortísimos gigantes que ni en valor ni en grandeza han par en el mundo y, ya que no hay escudo que pueda resistir sus golpes, os he preparado esta ampolla llena de este licor, que tiene tal virtud que, ungiendo con él por fuera nuestros escudos, los gigantes no serán nunca bastantes para poder emplear sus armas. Acabada esta batalla, que no os será de menos trabajo y peligro que la primera, queda por hacer otra no menos espantosa que ambas, porque para querer llegar al castillo de la montaña os conviene pasar por la orilla de un lago, que hay en lo llano del monte bajo el castillo, del cual veréis salir dos espantosas serpientes que os acometerán, y os encontraréis en gran agonía cuando veáis que vuestras buenas espadas no pueden cortarles las duras escamas. Por eso os he traído un remedio, que son estas cuatro esferas que veis —y se las dio en mano—, las cuales tienen debajo escondidas muchas puntas, y por encima son cubiertas de esmalte, que mucho deleita al gusto de los dragones; y teniendo dos cada una en la mano, procuraréis lanzárselas a la boca, porque al oler el esmalte y deleitándose querrán engullirlo, y en el paladar les entrarán las agudas puntas, con lo cual las mataréis. Hecho esto, podréis sin más obstáculo llegar a la cima del monte, donde está el palacio encantado en el cual mora la bella Clarencia, y dentro os conviene arrojar esta pequeña escritura, que veréis en un momento desaparecer todo aquel bello edificio, y ella sola en aquella peña estar con las doncellas sus compañeras.

Estuvieron los dos caballeros noveles muy atentos en oír todos los consejos del encantador, y después de haber guardado todas aquellas cosas que les había dado,

y agradeciéndole mucho, se durmieron sobre los manteles que sobre la fresca hierba les habían aparejado sus escuderos, haciendo recíprocamente velar a uno de los escuderos gigantes por temor de los centauros, que les había dicho el encantador que muchas veces solía alguno de ellos venir fuera de la selva en aquella llanura, esperando con deseo la venida del nuevo día. Mas aquí les dejaremos algo aparejados a entrar en la más peligrosa empresa que ningún príncipe de Grecia hubiese nunca intentado, para contar de lo que avino al príncipe don Arlantes en la batalla que hizo por la Princesa de Lamaña.

§